

EL SANTÓN

Autor Abilio Ayuso



Cuento chino que me ha explicado mi esposa y no he podido resistir la tentación de ponerlo por escrito.

TP

Érase una vez un templo, en el que un santón, verdadero Buda viviente, sentado en el trono situado en un alto estrado, bendecía desde allí a los fieles que venían de todas partes para venerarlo y dejar obsequios de incienso, flores y aceites perfumados.

Desde su elevada posición, sonreía benevolente a los devotos que venían a rezar y solicitar su protección y ayuda en toda clase de menesteres, tanto materiales como espirituales, pero nunca pronunciaba una palabra en público.

A las puertas de aquel mismo templo, pedía limosna a diario un mendigo que tenía una secreta envidia del carisma y admiración que despertaba el santón entre la gente, mientras que a él apenas le dedicaban una mirada furtiva.

Un día en que la intensa lluvia hizo que no llegara nadie al templo, el mendigo entró para refugiarse, contempló al Buda viviente en su pedestal, y atreviéndose a dirigirle la palabra, le explicó la envidia que le daba ver como todo el mundo le reverenciaba y aportaba obsequios mientras que, a él solo miradas de desprecio y con mucha suerte una pequeña moneda, para acabar diciendo: “Daría cualquier cosa para poder estar en tu lugar, aunque solo fuera un día en la vida”.

El santón sonrió y le dijo: “Pues si tanto lo deseas puedes realizarlo”.

“¿Como es posible?”.

“Ven mañana al romper el alba y lo verás”.

A la mañana siguiente, llegó el mendigo y el santón hizo que lo bañaran, le afeitaran cabeza y barba y le pusieran sus vestiduras, al acabar le dijo: “Desde esta altura, en la penumbra y con el humo del incienso nadie te reconocerá, pero hay una condición que has de cumplir”.

“Si maestro, lo que haga falta”.

“Permanecerás inmóvil y no pronunciarás una sola palabra”.

“Lo que tu digas maestro”.

El santón hizo una pequeña peregrinación mientras el mendigo ocupaba su lugar, y al día siguiente le preguntó: “¿Como se desarrolló la jornada, hiciste bien el papel y cumpliste lo prometido?”.

“Si maestro, es decir, solo en una ocasión pronuncié una pequeña frase, pero estarás de acuerdo conmigo que era necesario, porque se trataba de un caso de justicia”.

“Muy bien, pues explícamelo”.

“Entró un hombre que por sus joyas y vestimentas se adivinaba muy rico, al inclinarse a colocar el incienso le cayó sin ruido alguno una bolsa de tela, tan pronto se hubo marchado, entró una mujer que al arrodillarse vio la bolsa, la abrió y se dio cuenta de que contenía un gran fajo de billetes, la tomó y salió corriendo, segundos después llegó un pescador con su atuendo típico y se puso a rezar para pedir buena pesca para aquel día, pero de inmediato volvió el hombre rico que había echado en falta su bolsa y le dijo al pescador que con toda seguridad había caído allí y al no haber nadie más seguro que él la habría cogido, acto seguido llamó al guarda de la plaza para que detuviera al pescador y lo llevaran preso, ¿No te parece una gran injusticia maestro?”.

“¿Y tú que hiciste?”.

“Cuando se lo iban a llevar, dije: ‘Alto, la bolsa la ha cogido la mujer que vive en la casita frente al templo’, ¿No crees que hice bien?”.

Por toda respuesta el santón apoyó sus dedos índices sobre la frente mientras se conectaba con toda la sabiduría del cosmos, al final dijo: “Tu acción ha sido espantosa, no solo has roto la promesa que me diste, sino que has traído la desgracia para todos”.

“Pero maestro, ¿Cómo es posible?”.

“La mujer venía cada día a rezar para salvar la vida de su hijo que precisaba una costosa operación, el universo escuchó sus oraciones y premió su bondad haciendo que hallara la bolsa del hombre rico, sin ese dinero su hijo morirá”.

“Qué horror, pero al menos salvé al pescador de ser detenido”.

“Si el pescador hubiera permanecido unas horas detenido no habría muerto ahogado en la tormenta imprevista que se desarrolló aquel día, al final lo hubieran registrado y soltado por falta de pruebas”.

“Qué lástima, Pero ¿Cómo iba yo a saberlo?. Por lo menos el hombre rico estuvo satisfecho al recuperar su dinero”.

“Al hombre rico no le hacía ninguna falta esa suma que iba a gastar en un capricho. Cuando llegó con la policía a casa de la mujer ésta le imploró de rodillas con lágrimas en los ojos que le dejara aquel dinero para salvar a su hijo, pero él no le hizo caso y se lo arrebató, lo cual le ha creado un mal Karma, ahora ya lleva la semilla de una enfermedad que le impedirá disfrutar de su riqueza”.

“Estoy desolado, cuantas desgracias he causado por no callar, ¿Qué puedo hacer para limpiar mi karma?”.

“Si realmente lo deseas, puedes entrar al servicio del templo para realizar las labores más humildes y penosas, pero harás voto de silencio y nunca más en tu vida pronunciarás una sola palabra”.

“Que así sea maestro”.

Y de aquella manera el mendigo cumplió su penitencia sin pronunciar una sola frase durante el resto de su vida.

Dice un proverbio chino: Tu madre en dos o tres años, te enseñó a hablar, pero Buda con suerte tardará cincuenta o sesenta en enseñarte a callar.

FIN